

III.

DAMANHOUR.

Sin embargo, como era forzoso esperar al pachá para que no perdiésemos en Alejandría un tiempo precioso, Mr. Taylor nos envió á Mayer y á mi á diseñar las mezzitas de esa ciudad de las *Mil y una Noches* que los Arabes llaman el *Masr* y los Franceses el Cairo. El 2 de mayo por la mañana dejamos á Alejandría, montados cada uno en un asno, y seguidos de nuestros burreros y nuestro criado Mohammed, que caminaba á pié.

Era este último un jóven nubio, vigoroso, listo é inteligente, que hablaba un poco el francés, y llevaba el traje de su país; este traje, de los mas sencillos y al mismo tiempo de los mas bonitos, consistia en un calzon blanco y una túnica azul cuyas mangas perdidas estaban levantadas y sostenidas por un cordon de seda que formaba una cruz en medio de la espalda. Su cabeza estaba cubierta de un tarbouch y rodeada de un turbante blanco; llevaba sobre sus espaldas el manto negro, llamado *abad*, y ceñía su talle un cinturón que sujetaba un puñal con mango de marfil; su rostro lleno de expresion y sagacidad, estaba adornado por cabellos negros, largos y flotantes; su bigote caía por ambos lados de su boca perfectamente dibujado, y

su barba, escasa en las mejillas, se reunia espesa en la parte inferior, donde terminaba en punta.

Además de nuestros dos burros y nuestro nubio, todavía estaba reforzada nuestra escolta con dos *cavas*, especies de guardias de corps que pertenecen á la guarnicion de la ciudad, y que el gobernador de Alejandría nos habia dado para facilitarnos los primeros pases en nuestro viaje: vestian un uniforme particular, semejante al de los antiguos mamelucos, y tenian la mision de obtener para nosotros ayuda y proteccion de las autoridades turcas. No tardamos en necesitar de sus buenos oficios.

Hacia algunas horas que seguíamos el camino que conduce de Alejandría á Damasco, cuando encontramos el canal Mamud, que muy bien podria no ser otro que el antiguo Fosa, que conducia las aguas del Nilo de Schedia á Alejandría; el desfiladero estaba tomado por tropas turcas, á las que presentamos nuestros *tekeriks* ó pasaportes. Inclínose el jefe ante los jeroglíficos de que estaban adornados, y nos comunicó que estábamos en completa libertad para continuar nuestro camino, pero á pié y sin acompañamiento. Pedimos la explicacion de aquella extraña decision, y presentamos de nuevo nuestros pasaportes; á esta segunda exhibicion, respondió el jefe, sin dejar de inclinarse, que nuestros pases estaban perfectamente en regla, que llevaban en su centro, es verdad, el plano y la elevacion del templo de Salomon, y en sus cuatro ángulos el sello de Saladino, el nema de Soliman, el sable y la mano de justicia de Mahomat; pero que no tenian nada que concerniese á nuestro criado, nuestros burros y los burreros. Llamamos entonces en nuestro auxilio á los *cavas*; pero los encontramos sin opinion alguna acerca de la cuestion que nos dividia. Sin embargo, nos dieron un consejo, el de ofrecer una docena de piastras al jefe del puesto. Como la piastra egipcia apenas vale siete ú ocho sous de nuestra moneda, no vimos ningun inconveniente en seguir su consejo; además, no tardamos en conocer que era el mejor. Se abrieron las barreras del canal, y pasamos triun-

almente nosotros, nuestros animales y nuestras gentes; en cuanto á los cavas, no pasaron mas adelante, limitándose su mision á hacernos abrir las barreras del canal: ya se ha visto cómo la habian desempeñado. No por eso dejamos de darles el *batchis*, que es la gratificacion de Francia, el *trenkgeld* de los Alemanes, la propina de España, la llave de oro de todos los países.

Seguimos las orillas del canal, y despues de dos horas de marcha por un país monótono y llano, hicimos alto á la puerta de la casa de un Griego llamado Tuitza, que nos recibió en su pequeña y cuadrada morada, y nos dió autorizacion para comer á la sombra, á condicion de que nos proporcionásemos nuestro almuerzo, del que tomara su parte. Esta hospitalidad me recordó la de Sicilia, donde son los viajeros los que mantienen á los posaderos.

Terminado el refrigerio, nos despedimos de nuestro huésped y nos pusimos en camino. El de Alejandria á Damanhour no tiene de notable mas que su esterilidad; marchábamos por un mar de arena donde nuestros burros y los hombres se hundian hasta las rodillas. De vez en cuando alguna abrasadora ráfaga de viento mezclada de polvo nos cegaba al pasar, y en la opresion momentánea de nuestro pecho, conociamos que acabábamos de respirar el aire cálido del desierto. A trechos, á derecha é izquierda, veíamos sobre puntos elevados, que en los desbordamientos del rio se convierten en islas, aldeas formando círculo, cuyas casas de figura cónica estaban horadadas por agujeritos cuadrados, destinados á dejar penetrar en lo interior la luz estrictamente necesaria y el menor calor posible. En fin, á intervalos desiguales, pero bastante próximos, encontrábamos á orillas del camino algunos sepulcros aislados de solitarios ó dervises, á la sombra de una palmera, religiosa amiga de la tumba, y por encima de la que se cernian, dando agudos gritos, una bandada de gavilanes.

Serian las tres cuando descubrimos de lejos á Damanhour; era la primera ciudad completamente árabe que íbamos á visitar, porque Alejandria, con su poblacion cos-

mopolita, no es mas que una mezcla de pueblos diversos, cuyo carácter y originalidad se borran poco á poco por el mútuo contacto.

El espejismo nos hacia ver la ciudad como una isla rodeada de agua y de nubes; á medida que nos aproximábamos se disipaban poco á poco los vapores de aquel lago ficticio, y los objetos se nos presentaban bajo su verdadera forma; nuestras sombras se prolongaban con los últimos rayos del sol poniente, las palmeras mecian graciosamente su penacho de verdura movido por la fresca brisa de la tarde, cuando llegamos á las puertas de la ciudad, cuyos elegantes *medenehs* sobresalian por encima de las murallas y de las mezquitas, pintados de listones rojos y blancos alternativamente.

Nos detuvimos un instante antes de atravesar las puertas para contemplar aquel paisaje tan nuevo para nosotros. Un cielo puro, trasparente y de una delicadeza de tonos de que no podria dar idea alguna el pincel; estanques que rodean parte de la ciudad, y que reflejan sus murallas en sus dormidas aguas; largas filas de camellos conducidos por los aldeanos árabes y caminando lentamente por la ciudad, todo daba á aquel maravilloso cuadro un aire de vida, de tranquilidad y de dicha, mas notable aun despues de aquel prólogo del desierto que acabábamos de atravesar.

Damanhour no tiene mas que una posada, aunque su poblacion es de ocho mil almas. Mohammed, despues de habernos hecho atravesar calles de una originalidad salvaje, nos condujo á ese venturoso parador de caravanas de que por la descripcion de las *Mil y una Noches*, nos habíamos formado de antemano una idea completamente encantadora. Desgraciadamente ni aun pudimos comparar la poesia á la realidad; el parador estaba lleno de tal modo, que no podia alojarse en él ya un raton, y por mas que dijimos y ofrecimos, nos fué preciso volver atrás. Aunque ya muy desengañados sobre algunas cosas, el recuerdo de la hospitalidad árabe, tan frecuentemente alabado por los viajeros y celebrado por los poetas, me vino á la imaginacion

é invité á Mohammed á que hiciese algunas tentativas con los propietarios de las casas mejores que encontramos en nuestro camino; pero todas fueron inútiles; nada adelantamos en nuestra proposicion, y muy humillados con las negativas que recibiamos, nos fué forzoso reunirnos á nuestros amigos, que mas prudentes que nosotros y no queriendo dar pasos inútiles, nos esperaban á la puerta de Damanhour. No teniamos dos partidos que escoger: miré á mi alrededor para buscar un sitio favorable para nuestro campamento, y habiendo visto un grupo de palmeras, hice extender nuestras alfombras bajo su follaje; en seguida fui el primero en dar el ejemplo de la resignacion con los decretos de la Providencia, ciñéndome el cinturon y tendiéndome con la espalda vuelta á la ciudad inhospitalaria que nos habia rechazado de su seno.

Desgraciadamente, del lado opuesto á la ciudad, y precisamente en el círculo que abrazaba mi rayo visual, se elevaba una encantadora casa árabe cuyas blancas paredes se destacaban sobre un seto de sensitivas de un delicioso matiz verde. No pude resistir al deseo de hacer la última tentativa y envié á Mohammed de embajador al propietario de aquel oasis. Estaba este en la ciudad y en su ausencia sus criados no se atrevian á cargar con la responsabilidad de recibir á un extranjero.

Como media hora despues vi salir de Damanhour y dirigirse hácia donde nosotros estábamos, un caballero ricamente vestido, montado en un magnífico caballo blanco y seguido de una numerosa escolta; presumí que era nuestro hombre, é hice colocar á nuestra pequeña caravana, recomendando á todos tomasen el aire mas lastimoso posible, orilla del camino por donde debia pasar. Cuando estuvo á diez pasos de nosotros, le saludamos, nos volvió el saludo, y reconociéndonos por nuestro traje como viajeros francos, se informó del motivo que nos detenia fuera de la ciudad á una hora tan avanzada. Referímosle entonces nuestra mala aventura en los términos mas propios para conmovierlo. Nuestra relacion hizo un efecto maravilloso, y aunque la

traduccion hubiese debido hacerla perder de su interés, lo por eso dejó de invitarnos á que le siguiéramos y fuéramos á pasar la noche en aquella casita blanca de las verdes sensitivas que hacia una hora era el objeto de todos nuestros deseos.

Se nos introdujo primero en una habitacion espaciosa al rededor de la que habia un ancho divan cubierto de esterillas. Extendimos nuestras alfombras por encima; mas á pesar de esta precaucion no equivalia á un colchon bien mullido. Apenas habiamos acabado aquellos nocturnos preparativos, entraron tres criados llevando cada uno un plato de porcelana cubierto con una tapadera esférica de plata de un precioso trabajo: el uno contenia una especie de guiso de carnero, el otro arroz y el tercero legumbres: dejaron este servicio en tierra, nos sentamos Mayer y yo uno en frente de otro. Un esclavo nos trajo una palangana para lavarnos las manos, y comenzamos nuestro aprendizaje de gastronomía oriental sirviéndonos cada uno con nuestros dedos; lo cual, á pesar de nuestro apetito, quitó un poco de ilusion á nuestra comida. En cuanto á la bebida, era sencillamente agua de aljibe en una botella con tapon de plata. Terminada la cena, el mismo esclavo nos dió otra vez agua para lavarnos las manos y enjuagarnos la boca; despues trajeron el café y las pipas, y nos dejaron en completa libertad de velar ó dormir.

Nos estuvimos contemplando todavia algun tiempo á través del humo de nuestras pipas: luego, despues de dar gracias por la hospitalidad á nuestro huésped, cerramos los ojos recomendándole al Profeta.

Al dia siguiente me desperté al rayar la aurora y en dos saltos me puse en pié y fuera de la casa. Di la vuelta á la ciudad por encontrar sus mejores vistas; despues de haber dibujado una general hice dos ó tres bocetos de mezquitas, y volví corriendo á unirme con mi caravana y dar la órden de partir. Antes de abandonar la casa quise dar gracias al dueño; pero nuestro sabio musulman estaba en su haren, y por tanto no hubo medio de verle; pregunté su nombre á

fin de transmitirle á la posteridad : se llamaba Rostum-Effendi. Di el *batchis* á los esclavos, montamos en nuestras cabalgaduras, y á quinientos pasos de Damanhour nos encontramos en medio del desierto. Caminamos seis ó siete horas por la arena, por fin llegamos á una colina un poco elevada desde cuya cima descubrimos de repente y sin preparacion el Nilo.

A las áridas llanuras sucedian paisajes encantadores : en lugar de algunas palmeras escasas y perdidas en un horizonte abrasado, encontrábamos bosques cuyos árboles estaban cargados de fruto, el campo cubierto de mies. El Egipto es un valle en el fondo del que corre un río, cuyas orillas son un inmenso jardín, que ambos lados reza el desierto; en medio de los bosques de sensitivas y dhalias, por encima de aquellas llanuras de mieses y arroz, revoloteaban pájaros desconocidos de precioso canto, de plumaje de rubies y esmeraldas. Numerosos rebaños de búfalos y de carneros, conducidos por pastores demacrados y desnudos, seguian el curso del Nilo, por cuya corriente ascendíamos. Dos enormes lobos, atraídos sin duda por el olor del ganado, salieron de un matorral á cincuenta pasos delante de nosotros. Se detuvieron en el camino como para impedirnos el paso y no emprendieron la fuga hasta que nuestros burreros les arrojaron piedras. Descendia la noche rápidamente, y el camino, cortado por los canales necesarios para el riego, se hacia cada vez mas difícil; en algunos sitios estaba encharcado hasta el punto de hundirse nuestros burros hasta las rodillas caminando muy despacio. A pesar de nuestra repugnancia á andar por aquella especie de pantano, nos vimos obligados á echar pié á tierra; bien pronto tuvimos que atravesar verdaderos torrentes; estábamos calados hasta los hombros, y estos baños aunque mas frescos que los de Alejandria eran infinitamente menos agradables. Entonces salió la luna é iluminando nuestro camino dió á aquel maravilloso paisaje un nuevo aspecto. A pesar de las dificultades del camino no podíamos permanecer insensibles á las bellezas de los sitios que atravesábamos; en

la cima de las colinas que separan el valle del desierto, veíamos moverse graciosamente las palmeras que se destacaban vigorosamente sobre el fondo del cielo, mientras que á cada paso encontrábamos mezquitas cuya base bañaba el Nilo y que rodeaban en la sombra de su verdura sicomoros de prolongadas ramas inclinadas hácia la arena. Desgraciadamente de cinco en cinco minutos nos sacaba de nuestro éxtasis algun canal por donde debíamos bajar ó algunos pantanos en que nos era preciso hundir; de modo que cuando vimos á Rosseta estábamos tan completamente calados que nuestros zapatos, como los de Panurgo, recibian el agua escurrida de nuestras camisas.

A medida que nos aproximábamos á la ciudad, nuestras ideas adquirian un tinte mas risueño; nos veíamos ya de antemano en una habitacion bien cerrada donde cambiábamos nuestros vestidos empapados por los de algun buen musulman, porque nuestras maletas estaban en Alejandria y nuestro guardaropa se limitaba á lo que teníamos puesto. Los estómagos por su parte empezaban á gritar hambrientos : recordábamos con delicia nuestra cena de la vispera y pedíamos una semejante aunque tuviéramos que comerla con nuestros dedos; en cuanto á la cama, estábamos tan extraordinariamente cansados que el primer divan que se nos presentara nos hubiésemos servido perfectamente. Nos hallábamos, pues, como se comprende, dispuestos á acomodarnos con facilidad. Con estas disposiciones llegamos á las puertas de Rosseta. Estaban cerradas. Quedamos como si nos hubiera caído un rayo : de todas las posibilidades, esta clausura era la única que se podia ocurrir á nuestra imaginacion : llamamos desesperados; pero los guardas no quisieron oír. Hablamos de *batchis*, ese gran medio de conciliacion; desgraciadamente las hendiduras de las puertas no eran bastante anchas para introducir una moneda de cinco francos. Mohammed rogó, suplicó, amenazó, todo fué inútil. Entonces se volvió hácia nosotros y nos dijo con la tranquilidad de la conviccion, que no habia medio por aquella noche de entrar en Rosseta; por lo demás concii-

mos que decia verdad en su resignacion verdaderament musulmana, y en que nuestros burreros miraron inmediatamente á su alrededor á fin de buscar el sitio mas favorable para un campamento. Nosotros estábamos tan furiosos que quedamos solos á la puerta todavía un cuarto de hora largo. Al fin Mohammed volvió á anunciarnos que habia descubierto un vivac muy bueno. No habia otro partido que seguir; nos decidimos á ello pronunciando juramentos. Nos condujo junto á una mezquita rodeada de lilas en flor, donde encontramos nuestras alfombras tendidas bajo dos magnificas palmeras; nos tendimos en ellas con el estómago vacío y el cuerpo empapado: pero estábamos tan cansados que despues de haber tiritado un poco, estremeciendonos despues con el frio de la fiebre, caimos al fin en un aletargamiento que para los que nos vieron tendidos en aquel momento semejaba bastante al sueño. Al dia siguiente cuando abrimos los ojos, el rocío de la mañana habia caido sobre el agua de la vispera; de modo que teníamos la rigidez del frio; quisimos levantarnos, pero ninguna articulacion se doblaba; estábamos envueltos en nuestros vestidos como puñales en sus vainas. Llamamos á Mohammed y á los burreros en nuestro auxilio: mas familiarizados que nosotros con las noches pasadas al raso, sacudieron sus vestidos y se acercaron á nosotros. Estábamos tiesos como de una pieza: nos levantaron por los hombros, como Pallaso levanta al Arlequin, y nos arrimaron á las palmeras con el rostro vuelto hácia el sol que salia: al cabo de algunos minutos experimentamos la bienhechora influencia de sus rayos, la vida nos volvía con el calor; poco á poco nos fuimos deshelandó; por fin, á eso de las ocho de la mañana nos encontramos bastante listos de cuerpo y secos de vestidos para hacer nuestra entrada en la ciudad

IV.

NAVEGACION POR EL NILO.

Las casas de Rosseta son de ladrillo, y muchas tienen cuatro ó cinco pisos; el embovedado de la planta baja está sostenido por columnas de granito color de rosa, de diversas dimensiones, sacadas todas de las ruinas de la antigua Alejandria. El Nilo que pasa al pié de la ciudad, donde forma un puerto cómodo, está cercado de hermosos y extensos arrozales cuyo color verde claro contrasta graciosamente con las masas sombrías de los negros sicomoros y las flexibles palmeras que se pierden en el horizonte.

El cónsul francés, Mr. Camps, nos recibió con mucha cortesania, y nos presentó á su mujer é hija. Encontramos con aquellas señoras á un compatriota llamado Mr. Amon; era un veterinario, discípulo de la escuela de Alfort, que habia entrado hacia cinco ó seis años al servicio del pachá de Egipto; se habia casado en Rosseta con una doncella cophta. Los cophtos, como se sabe, son cristianos; de modo que sta union en nada afectaba su conciencia religiosa; sin embargo, habia algo de particular en la manera como se verificó. Cuando Mr. Amon estuvo decidido á tomar mujer,

se había informado si había alguna doncella en el país con quien casarse. La persona á quien se dirigió, y que era agente de esa clase de negocios, se puso en su busca, y dos ó tres días después volvió con una respuesta satisfactoria. Había hallado una joven cophta, linda y de catorce años de edad. Mr. Amon pidió se la presentara. Como esta petición era contraria á la costumbre, se le respondió que era imposible; pero que por lo demás podía preguntar y se le contestaría fielmente á todas sus preguntas, aun á las que al pronto pudieran ser las mas indiscretas. Debieron ser las noticias completamente favorables á la futura, porque al día siguiente se ofreció una dote considerable á los padres y fué aceptada por ellos. En consecuencia fijóse el día para la ceremonia, y en la hora convenida, Mr. Amon de una parte y los padres de la futura de la otra, se reunieron en casa del kadí. Entregada la suma, la doncella sirvió de carta de pago, y el esposo se llevó á su esposa. Hasta llegar á su casa no se levantó el velo. Habían sido exactos en todo, y Mr. Amon se felicita todavía hoy de este matrimonio á lo Colin-Maillard.

Sin embargo, no se crea que sucede siempre así. Hay algunas veces crueles desengaños. En este caso el marido engañado vuelve á enviar la esposa á casa de sus padres, dándole una segunda dote del mismo valor que la primera. Todavía conserva este derecho cuando pasado algun tiempo los dos cónyuges conocen que sus caracteres no pueden simpatizar. Entonces los maridos vuelven á quedar libres, y al día siguiente de este divorcio, por consentimiento mutuo, les es permitido pasar á segundas, terceras y cuartas nupcias.

Mr. Amon nos dió estos detalles al tiempo que nos llevaba á ver, fuera de Rosseta, la mezquita de Abou-Mandour, que se eleva á orillas del Nilo. Este edificio, completamente oriental, y colocado en medio de un paisaje encantador, se introduce en el río, dejando un estrecho paso entre su base y la otra orilla, poblada de casitas rodeadas de arrozales. Una cúpula en forma de corazón colocado al revés, y coro-

nado de una media luna, domina las paredes blancas y festoneadas; un medeneh de particular elegancia, levanta en uno de los ángulos sus galerías con antepechos cortados como un encaje, mientras en la parte opuesta parece sostener una enorme masa de arena formando una colina sobre el declive de la montaña; en todo el circuito crecen con un solo tallo altas palmeras, algunas de las que rodean, coronándola como con una diadema, la extendida y sombría copa de un colosal sicomoro.

Los verdaderos creyentes dicen que es el santo dervis Abou-Mandour, quien sostiene con sus hombros las montañas de arena que parecen prontas á devorar la mezquita y cegar el Nilo.

Un espectáculo curioso para los Europeos nos esperaba al volver á entrar en Rosseta: en los escalones y á la sombra de una mezquita, un santón completamente desnudo, estaba indolentemente tendido: con aquel traje y en aquella postura que le eran habituales, esperaba á que los devotos del barrio le llevasen su alimento; cuando entre sus proveedoras distinguía por acaso una que le agradaba, la honraba al instante con sus caricias, las que tenía á mucha honra recibir. Este extraño espectáculo no chocaba á nadie, y se citaba como una susceptibilidad completamente exagerada la de un honrado musulmán que algunos días antes había arrojado su capa sobre un grupo que recordaba muy al vivo el del cínico Crates y de su mujer Híparquia.

Mr. Camps y Mr. Amon nos habían ofrecido la hospitalidad; pero por no incomodarlos no aceptamos, y fuimos á establecernos á una antigua casa de capuchinos, edificio vasto y deteriorado, donde no quedaba mas que un fraile de esa orden, ruina viviente en medio de aquellas ruinas muertas. El pobre anciano había comido como los soldados de Ulises los frutos del lotos, que hacen perder la memoria; hacia veinte años que no le había llegado ningun rumor de un mundo que le había olvidado, y devolvía á la Europa indiferencia por indiferencia. Sus metódicas costumbres, su ancho traje, cortado á la moda oriental, le ha-

bian atraído la consideración de los Arabes; me olvidaba de su barba, que no había contribuido poco á ello.

Fuimos á pasar la noche en casa de un amigo de Monsieur Amon, apreciable Turco que había sacrificado el precepto mas conocido del Koran, por su afición al vino. La habitación en que nos recibió era sencilla, como casi todos los salones orientales; segun se acostumbraba en cuanto al mueblaje, un gran divan le rodeaba; un surtidor colocado en medio, derramaba el agua en una preciosa fuente de mármol blanco con una pila octógona; algunos tiestos de flores raras y de brillantes colores, cubiertas de perlas líquidas, como si hubiese caído sobre ellas el rocío de la mañana, estaban colocados con gusto al rededor de la pila, y daban un aspecto encantador y alegre á aquel inmenso salon. El Turco nos recibió allí en medio de sus amigos, nos hizo ocupar un lugar en el círculo, y nos presentó la pipa y el café. Media hora despues nos sirvieron una limoda preparada por sus mujeres; esto reanimó poco la conversacion, que era de las mas lánguidas, porque era preciso traducir lo que nosotros decíamos y lo que se nos contestaba. No hay diálogo, por animado que sea, que pueda sostener esa prueba: asi este trabajo de imaginacion concluyó por fastidiar de tal modo á los interlocutores é intérpretes, que nos levantamos de comun acuerdo y nos retiramos. El Turco por su parte, preciso es hacerle esta justicia, no hizo ningun esfuerzo para detenernos.

Al dia siguiente vimos llegar de Alejandria á Mr. Taylor, al comandante Bellanger y á Mr. Cidoux, cirujano primero. Este último había ido menos por curiosidad que por un sentimiento filantrópico, que le colocó en grande estima para con nosotros. Había oído hablar de una manera aterradora de las oftalmías de Egipto, y exponía sus ojos por salvar los nuestros.

Como nada nos detenía en Abou-Mandour, y teníamos prisa de ver el Cairo, al dia siguiente, 6 de mayo, fletamos un djerme de la mayor dimension; el que escogimos ten-

dria cuarenta piés de largo, llevaba dos velas latinas y triangulares de un tamaño extraordinario. En el momento de la partida, y cuando todo estaba preparado, nos encontramos con que el viento era contrario: acopiamos paciencia yendo al baño.

Como en Alejandria, la casa de baños era el mas vasto y hermoso monumento de la ciudad; como en Alejandria, volví á pasar por las pruebas del vapor condensado y del agua hirviendo; pero sea que mis pulmones se hubiesen dilatado respirando arena, sea que mi piel se hubiese endurecido á los rayos del sol egipcio, no experimenté ningun malestar: aun la operacion del magullamiento la sentí con gran satisfaccion mia, y sin violencia adquirí en mi bañero posturas que hubieran hecho honor á Mazurier y á Auriol.

La mañana del 7 de mayo nos despertaron anunciándonos que el viento había cambiado: era una buena noticia la que nos comunicaban. Comenzábamos á fastidiarnos soberanamente en Abou-Mandour, y cualquiera que fuese ya mi afición al baño, no podía, sin embargo, renunciar al elemento que me es natural; resultó, por tanto, que nos pusimos en camino con viva satisfaccion. El dia era magnífico: soplabá el viento como si hubiera estado á nuestras órdenes, y nuestros marineros ejecutaban su maniobra cantando para animarse á trabajar á compás. Hicimos nos tradujesen dos de aquellas canciones: la primera se componia de algunos versículos en alabanza de Dios; la segunda era una reunion de sentencias y reflexiones filosóficas unidas las unas á las otras, y entre las que nos pareció la mas nueva y notable esta: « La tierra no es nada; todo es miseria en este mundo. » Como estábamos alegres, y estas verdades nos parecieron demasiado serias para nuestra disposicion de espíritu, suplicamos á nuestros Arabes cantasen alguna cosa mas jovial. Fueron inmediatamente á buscar los dos instrumentos necesarios para el acompañamiento; el uno era una especie de caramillo que recordaba la antigua flauta, y el otro un simple tambor cuya caja de barro en-

sanchaba por arriba; la parte mas ancha estaba cubierta de una piel muy fina que se hizo poner tirante aproximándola al fuego. Comenzó entonces una algazara que absorbió de tal modo nuestra atencion por su especialidad salvaje, que no pensamos en preguntar el sentido de las palabras, completamente ocupados en procurar reparar en medio de aquella barahunda una frase musical cualquiera. Pronto se distrajo nuestra curiosidad de la poesia y de su acompañamiento con un grueso Turco de turbante verde, descendiente de Mahomet, que excitado por aquella melodía, se levantó lentamente balanceándose alternativamente y á compás, sobre cada una de sus piernas, y por último, decidiéndose al fin, pasó resueltamente á ejecutar una danza grosera y lasciva. Luego que concluyó le dimos las gracias por el placer inesperado que nos habia proporcionado; nos respondió con un aire desenvuelto que así era como las *almeas* bailaban en las plazas públicas del Cairo: felizmente en nuestra cualidad de parisienses no teníamos gran fe en los programas, y tomamos el suyo en lo que valia.

El día se pasó en estos recreos melódicos y coreográficos. En toda nuestra navegacion nos habia ofrecido el Nilo graciosamente sus dos orillas festoneadas de una maravillosa verdura; al anochecer el sol descendió rápidamente y sus últimos rayos iluminaron una encantadora aldea coronada de palmeras.

Nos retiramos á la popa del *djerme*; nuestros marineros habian construido allí una tienda ó mas bien una especie de arco de puente de tela sostenido por cañas flexibles y encorvadas: extendimos allí nuestras alfombras, sobre las que nos dormimos.

Cuando despertamos, tenia el paisaje el mismo aspecto que la vispera; solo que á medida que subíamos por el río las aldeas iban siendo menos notables y mas escasas. El día pasó en los mismos establecimientos; pero el descendiente de Mahomet nos pareció menos gracioso que la vispera; ya nos familiarizábamos con lo grotesco.

Al día siguiente habian ya comenzado los cantos y toda-

vía dormíamos; creimos al abrir los ojos que era una serenata que nos daba nuestro equipaje; nada de eso; el viento se habia vuelto contrario, lo que obligaba á los marineros á trabajar rápidamente para vencer la corriente. Cantaba el patron del barco con todas sus fuerzas una letania, respondiendo los Arabes á todos los versículos: *Eleyson*. A cada estribillo retrocedíamos cincuenta pasos!

Como el patron calculó que de aquel modo habíamos vuelto á Abour-Mandour á la noche siguiente ó dos dias despues á mas tardar, dió orden de amarrar cerca de una aldea por delante de la que pasábamos retrocediendo. Apenas estuvo el barco amarrado, salté á tierra y me dirigí hácia la casa mas próxima: con gran trabajo pude conseguir un poco de leche en un tazón; nos fuimos al abrigo de una pared de tierra para librarnos de los torbellinos de ardiente polvo que el viento levantaba, y empezamos el almuerzo.

Una abominable santona se aproximó á nosotros con un traje exactamente parecido al de su colega de Damanour; si el hombre nos habia parecido medianamente gracioso, la vieja nos pareció atroz. A medida que se adelantaba se apoderaba de mi espíritu un temor horrible, el de que la entrase el deseo de honrarnos, por nuestra cualidad de extranjeros, con sus caricias; me apresuré á comunicar esta idea á la sociedad, estremeciéndose todos de horror. Felizmente salimos del susto: la vieja se contentó con pedirnos limosna; nos apresuramos á darla pan, dátiles y algunas monedas. Mediante este rescate se alejó de nosotros y nos dejó acabar nuestra comida.

Dos horas despues, habiendo calmado el viento, nos volvimos á poner en camino.

Adelantábamos lentamente; al inconveniente del viento contrario habia sucedido el de los bajíos, y aunque no calábamos mas que tres piés escasos de agua, tocábamos algunas veces en la arena. Andábamos así dos ó tres leguas en cuatro ó cinco horas y con gran fatiga. Al anochecer vimos elevarse lentamente sobre un horizonte rojizo tres

montes simétricos cuyos contornos se detallaban sobre el cielo : ; eran las pirámides ! que aumentaban la dimension gradualmente, mientras que á nuestra izquierda las primeras cimas de la cadena libica encerraban al Nilo en un flanco de granito.

Permanecimos inmóviles; no podian nuestros ojos separarse de aquellas construcciones gigantescas á las que iba unido un recuerdo antiguo tan grande y un recuerdo moderno tan glorioso ! Allí habia tenido tambien el moderno Cambises su campo de batalla, donde podíamos encontrar á nuestra vez los esqueletos de nuestros padres como Herodoto habia visto los cadáveres de los Persas y de los Egipcios ! A medida que el sol descendia, sus reflejos subian por los lados de las pirámides, cuyas bases cubiertas de sombra, no tardó en centellear solo la cúspide como un punto enrojecido; despues quedó un último rayo en la extremidad de aquella aguda base, semejante á la llama que arde en el extremo de un faro. En fin, tambien aquella llama desapareció como si se hubiese remontado al cielo para encender las estrellas, que un instante despues comenzaron á brillar.

Nuestro entusiasmo participaba de locura; batíamos palmas y aplaudíamos aquella magnífica decoracion. Llamamos al patron para decirle que no adelantara un paso durante la noche, á fin de no perder nada al dia siguiente del grandioso paisaje que iba á desarrollarse á nuestra vista. Precisamente nuestra determinacion era oportuna : iba él por su parte á decirnos que la dificultad de la navegacion exigia que arrojásemos el anclá. Permanecimos largo tiempo todavía sobre el puente mirando hácia el lugar de las pirámides, aunque la oscuridad no nos permitia ya distinguir las; en seguida nos retiramos á nuestra tienda para hablar de ellas, no pudiendo ya verlas.

Al dia siguiente desperté el primero y me admiré de ver que todo el mundo dormia, á pesar de ser muy de dia. Experimentaba yo un malestar semejante á una pesadilla; desperté á mis compañeros; el malestar habia sido general

á todos; salimos de nuestra tienda; el aire era pesado y sofocante, se levantaba el sol triste y pálido tras un velo de ardiente arena llevada por el viento del desierto. Nos hallábamos oprimidos como cuando se baja á una atmósfera muy espesa; el aire que respirábamos nos abrasaba el pecho. No comprendiendo aquel fenómeno miramos á nuestro alrededor : nuestros marineros y el patron estaban sentados en una completa inmovilidad sobre el puente del djerme envueltos en sus mantas, uno de cuyos pliegues, cubriéndoles la boca, les daba el aspecto de esas figuras dantescas dibujadas por Flaxman; solo sus ojos parecian vivos; estaban fijos en el horizonte que interrogaban con ansiedad. Nuestra llegada al puente de ningun modo pareció distraerlos de su preocupacion; les dirigimos la palabra, pero permanecieron mudos; en fin, inquiri del patron mismo la causa de aquel abatimiento : entonces dirigió la mano hácia el horizonte y sin destaparse la boca :

— El *kramsin*, dijo.

Apenas pronunciadas estas palabras, reconocimos en efecto todas las señales de ese viento desastroso tan temido de los Arabes. Las palmeras movidas por caprichosas ráfagas se balanceaban en diferentes direcciones, de modo que hubiera creido se cruzaban corrientes en la atmósfera; la arena levantada azotaba nuestros rostros y cada granito nos abrasaba como una chispa que salta de un horno. Las aves alarmadas abandonaban las regiones elevadas y rozaban la tierra para preguntarla acerca del mal que la atormentaba : bandadas de gavilanes con sus alas largas y estrechas se cernian dando agudos gritos; despues, repentinamente, se ponian sobre la copa de las sensitivas, desde donde se lanzaban hácia el cielo rápidos y perpendiculares como flechas porque sentian estremecerse los mismos árboles, como si los objetos inanimados hubiesen participado del temor de los seres vivos. Ninguno de estos sintomas visibles para nosotros, se escapaba á los Arabes, pero en su mirada impasible y fija y en su fisonomía impenetrable, era imposible distinguir si eran propicios ó alarmantes.

Como á pesar de la opresion que causaba, el kramsin no parecia que ocasionaria grandes desastres, bajamos á tierra con nuestras escopetas, y fuimos en busca de unos pájaros de patas largas : costeamos las orillas del rio, como verdaderos cazadores de la llanura de Saint-Denis, acostumbrados á seguir el canal; solo que el terreno era mas tortuoso. Matamos algunas garzas y muchas alondras y tórtolas.

Al anoecer, un grito de llamada á que siguieron canciones nos llevó hácia el rio, donde encontramos nuestra tripulacion poseida de júbilo; cesaba ya el kramsin y nuestros marineros saltaban de alegría y se mojaban el rostro y los brazos en el Nilo para refrescarse. Este modo de bañarse á la europea me era peculiar; así que no quise que la fiesta terminase sin que tomase en ella parte. En un instante me quedé en traje de santón, y tomando carrera desde el barco, di por encima de la barandilla un salto á lo húsar, que denunciaba al primer golpe de vista el pantalón encarnado. Cuando volví á flor de agua, vi á toda la tripulacion ocupada en mirarme con la mayor atencion; sabia yo que no habia cocodrilos en el Nilo hasta mas arriba de la primera catarata; de modo que, no concibiendo ningun temor, no me pude dar razon del interés de los espectadores, sino explicándolo de un modo completamente lisonjero para mi amor propio. Mi agilidad y mi destreza redoblaron: todo lo que encierra el repertorio de la natacion, desde la brazada sencilla hasta la doble voltereta, ejecuté con un éxito creciente á la vista de mis atezados espectadores. Estaba haciendo la plancha, cuando de repente recibí en el muslo derecho una especie de descarga eléctrica tan violenta que sentí la mitad de mi cuerpo paralizado; me volví al punto boca abajo para nadar hácia el barco; pero inmediatamente vi que sin ayuda no podia volver á él. Medio riendo, medio tragando agua, pedí la pértiga, sacando el brazo derecho fuera del agua é intentando sostenerme con el izquierdo: la pierna derecha estaba insensible y se negaba á todo movimiento. Felizmente Mohammed, como si hubiese previsto el

accidente que acababa de sucederme, estaba arrimado al borde del djerme con una cuerda que me arrojó; cogi el extremo de ella, tiró él del otro, y abordé el barco de un modo mucho menos triunfante que le habia dejado. Sin embargo, en la indiferencia casi burlona con que los Arabes me rodearon, juzgué que la aventura no tenia nada de alarmante; no por eso dejaba de desear conocer la causa, aunque no fuese mas que por vivir prevenido en adelante. Mohammed me dijo que entre una porcion de pescados muy agradables al gusto y de estudio curiosísimo, se encuentra en el Nilo una especie de torpedo, cuya virtud eléctrica era tan conocida de los Arabes, que temiendo la sensacion dolorosa que yo habia experimentado, se habian contentado, como habia yo visto, con lavarse con precaucion en el rio la cara y las manos. Lo que en todo esto me pareció muy claro fué que si la electricidad les desagradaba en ellos, no les disgustaba estudiar sus efectos en el Europeo; por lo demás aun no habia concluido la explicacion, cuando el dolor habia cesado; mi pierna y mi brazo habian vuelto á prestar su acostumbrado servicio.

El viento habia cesado completamente. Pensamos en comer el producto de nuestra caza, lo cual hicimos á bordo del djerme, para librarnos con mas seguridad de la visita de alguna nueva santona; luego fuimos á visitar nuestras alfombras, por temor de que le diese á algun alacran el deseo de repetir el bromazo del torpedo, lo que hubiera sido mucho menos gracioso; esta vez fueron nuestros Arabes los que nos invitaron á tomar esta precaucion. Desempeñado este cuidado, nos dormimos con la dulce esperanza de ver al dia siguiente el Cairo, del que no distábamos mas que siete ú ocho leguas.